



Homilía en la Jornada de la Vida Consagrada

FIESTA DE LA PRESENTACIÓN DEL SEÑOR
2 de Febrero de 2019

La fiesta de la Presentación del Señor nos recuerda que María y José llevan al niño Jesús al templo de Jerusalén para ser consagrado al Señor, como todos los primogénitos (cf. Ex 13, 2.12). Ofrecen el sacrificio de los pobres (cf. Lv 5, 7; 12, 8) y cumplen las normas de purificación establecidas por la Ley.

Así se cumplió también la profecía Malaquías: “... vendrá a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, el mensajero de la alianza a quien tanto deseáis; he aquí que ya viene...” (Mal 3, 1); no tiene necesidad de ser rescatado, pues él mismo es el rescate, “la redención de Jerusalén”: “Refinará a los hijos de Leví y los acrisolará como el oro y la plata, para que presenten al Señor ofrendas legítimas. Entonces agradecerán al Señor las ofrendas de Judá y de Jerusalén.” (Mal 3, 3-4).

Aplicar esta profecía a Jesús es reconocerle como Señor, que no necesita ser consagrado, sino que viene a consagrar de nuevo el templo, si bien todavía de forma oculta. Su presentación es un anticipo profético de la experiencia de Jesús a los doce años en la casa de su Padre (cf Lc 2, 49). El Hijo viene a realizar la purificación de los pecados (cf. Heb 1, 3), “está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten”.

Simeón, “hombre justo y temeroso de Dios”, al tomar al niño Jesús entre sus brazos, comprende que su esperanza se ha cumplido. Ahora puede reunirse ya con sus padres y morir en paz, porque sus ojos han contemplado en aquel niño la salvación de Dios, aquel que es “luz para alumbrar a las naciones” y gloria del pueblo de Israel.

Este encuentro de Jesús y Simeón está cargado de significados: un anciano y un niño se hallan frente a frente, el Antiguo y el Nuevo Testamento, la larga espera y el cumplimiento definitivo, en continuidad y novedad. María es la Hija de Sión, la verdadera continuidad y representación del Israel fiel de Dios que dio al mundo el salvador. Ella misma es fruto de la novedad de



la gracia de Dios al ser concebida sin el pecado de Adán. Y en ella regala Dios a Israel y al mundo la novedad de la plenitud de la gracia y la verdad por medio de Jesucristo (Jn 1, 16-17). Jesús, el Hijo de María, es anunciado como signo de contradicción y división entre el Israel fiel y el Israel infiel a Dios: para que los hijos del Israel fiel se *levanten* en la Cruz de Jesús y los hijos del Israel infiel *caigan* ante ella. Así, en relación con este niño *Salvador*, van a ponerse *de manifiesto los pensamientos de muchos corazones*. Quienes no abren sus corazones a la luz del Salvador, permanecen en las tinieblas.

En medio de esta profecía, Simeón le anuncia a María: “y a ti misma una espada te traspasará el alma” (Lc 2,35). Esta espada fue interpretada por San Agustín como una *espada de dolor*, en referencia al sufrimiento de María junto a la cruz de su hijo. El dolor de María será un sufrir personal, un dolor de madre; y no de una madre cualquiera, a la que afecta el destino del propio hijo, sino precisamente el dolor de la madre del Mesías.

Por otra parte, san Efrén el Sirio transmitió la tradición textual siríaca de esta forma: “tú apartarás la espada”. Y comenta: “Esa espada que cerraba el paso al paraíso a causa de Eva, ha sido apartada por María.”

La lectura espiritual del texto puede integrar los matices de las dos interpretaciones. María ha abierto la puerta del paraíso por su identificación con su Hijo en el sufrimiento. Y nuestro sufrimiento con María es comunión en el sacrificio de Jesucristo, entregado libremente por amor a nosotros. Esa es la luz que ilumina los *corazones* y pone al descubierto sus *pensamientos*. La *división* se manifiesta en la acogida o el rechazo de esa luz.

Dios nos ha llamado a participar de la plenitud de vida de su Hijo en la santidad, en el amor entregado, la libertad del espíritu, la alegría de la fe, y la paz que procura la esperanza puesta solo en el Señor. San Pablo nos recuerda hoy especialmente a los consagrados: “A vosotros se os ha concedido, gracias a Cristo, no sólo el don de creer en él, sino también el de sufrir con él” (Flp 1,29).

Hoy os invito a renovar, a imitación de María y en comunión con el Crucificado, la dimensión sacrificial de la vida consagrada. La Exhortación



Apostólica *Vita Consecrata* nos anima a ello al recordarnos que en la contemplación de Cristo crucificado se inspiran todas las vocaciones; en ella tiene su origen, con el don del Espíritu, el don de la vida consagrada. (VC 23).

Las formas de llevar a cabo con renovada actualidad las dimensiones fundamentales de nuestra existencia consagrada nos las ha mostrado el Papa Francisco en la Exhortación Apostólica *Gaudete et Exultate*, publicada el día 19 de marzo de 2018.

Jesús nos mostró con toda claridad el camino de la santidad cuando nos dejó las bienaventuranzas (Mt 5,3-12; Lc 6,20-23). Son como el carnet de identidad del cristiano. En ellas se dibuja el rostro del Maestro, que estamos llamados a transparentar en lo cotidiano de nuestras vidas. (GaEx 63). A su vez, la misericordia está especialmente valorada en el llamado “gran protocolo” del Evangelio de Mateo (25, 31-46), sobre el que seremos juzgados al final de la vida. Ambas enseñanzas de Jesús son el fundamento para la práctica de los consejos evangélicos.

A los consagrados nos afecta de modo especial su llamada a encarnar la vocación a la santidad en el contexto actual, con sus riesgos, desafíos y oportunidades.

“La santidad es el rostro más bello de la Iglesia” (GaEx 9); pero no es un rostro único ni uniforme. La santidad de la Iglesia tiene tantas formas de belleza como caminos de realización. Somos llamados por el Señor a la santidad “cada uno por su camino” (LG 11; GaEx 10-11). El camino de los consagrados es específico y ha de tener de hecho la especial relevancia que le corresponde en la santidad de la Iglesia. Ha de mostrar incluso los “estilos femeninos de santidad, indispensables para reflejar la santidad de Dios en este mundo” (GaEx 12).

Es válido para todos los caminos el criterio de San Francisco de Sales: tender “a una extraordinaria perfección de los ejercicios ordinarios de la vida” (Tratado del amor de Dios, VIII, 11. GaEx 17). La santidad es vivir en unión con Cristo los misterios de su vida, morir y resucitar constantemente con él, “reproducir en la propia existencia distintos aspectos de la vida terrena de Jesús” (GaEx 20). La santidad es la caridad



plenamente vivida; por tanto, es Cristo amando en nosotros, y se mide por el grado en que modelamos toda nuestra vida según la suya, con la fuerza del Espíritu Santo. “Así, cada santo es un mensaje que el Espíritu Santo toma de la riqueza de Jesucristo y regala a su pueblo.” (GaEx 21). Y cada uno hemos de dejar que el Espíritu nos renueve para reconocer cuál es ese mensaje que Jesús quiere decir al mundo con nuestra vida. (GaEx 24).

Esta es nuestra misión en Cristo, que ha de configurar la totalidad de nuestra vida, escuchando a Dios en la oración y en los signos de su presencia. Se trata de discernir qué espera Jesús de cada uno de nosotros en cada momento de nuestra existencia, para integrarla en su misión en el mundo de hoy (GaEx 23).

La actividad que nos santifica es la que brota de la identificación con Cristo y con su plan de construir el Reino de Dios (GaEx 25).

Para ello, el Papa nos recuerda que hemos de cuidar “los momentos de quietud, soledad y silencio ante Dios” (GaEx 29); y que “no es sano amar el silencio y rehuir el encuentro con el otro, desear el descanso y rechazar la actividad, buscar la oración y menospreciar el servicio. Todo puede ser aceptado e integrado como parte de la propia existencia en este mundo, y se incorpora en el camino de santificación. Somos llamados a vivir la contemplación también en medio de la acción, y nos santificamos en el ejercicio responsable y generoso de la propia misión” (GaEx 26). Pero nos advierte que la actividad “movida por la ansiedad, el orgullo, la necesidad de aparecer y de dominar, ciertamente no será santificadora.

El desafío es vivir la propia entrega de tal manera que los esfuerzos tengan un sentido evangélico y nos identifiquen más y más con Jesucristo (GaEx 28). Si las numerosas acciones no nos dejan espacios donde resuene la voz de Dios, no reina en nosotros la alegría “sino la insatisfacción de quien no sabe para qué vive” (GaEx 29). Nos hace falta un espíritu de santidad que impregne tanto la soledad como el servicio, tanto la intimidad como la tarea evangelizadora, de manera que cada instante sea expresión de amor entregado bajo la mirada del Señor. De este modo, todos los momentos serán escalones en nuestro camino de santificación” (GaEx 31).



El camino de la santidad es un *combate permanente, en vigilancia y discernimiento*. El camino de la santidad es una fuente de paz y de gozo que nos regala el Espíritu, pero al mismo tiempo requiere que estemos *‘con las lámparas encendidas’* (Lc 12,35) y *‘no nos entreguemos al sueño’* (1 Tes 5,6).

Quienes sienten que no cometen faltas graves contra la Ley de Dios, pueden descuidarse en una especie de atontamiento o adormecimiento. Como no encuentran algo grave que reprocharse, no advierten esa tibieza que poco a poco se va apoderando de su vida espiritual y terminan desgastándose y corrompiéndose” (GaEx 164). La corrupción espiritual es peor que la caída de un pecador, porque se trata de una ceguera cómoda que termina estimando lícitas formas sutiles de egoísmo autorreferencial (GaEx 165).

El Espíritu nos llama siempre a examinar lo que hay dentro de nosotros y lo que sucede fuera de nosotros, para reconocer los caminos de la libertad plena. “Únicamente el Espíritu sabe penetrar en los pliegues más oscuros de la realidad y tener en cuenta todos sus matices, para que emerja con otra luz la novedad del Evangelio” (GaEx 173). El discernimiento es la única forma de saber si algo viene del Espíritu Santo o si su origen está en el espíritu del mundo o en el espíritu del diablo.

El discernimiento supone una buena capacidad de razonar, pero es sobre todo un don del Espíritu Santo, que hay que suplicar y, al mismo tiempo, hemos de esforzarnos en desarrollar con la oración, la reflexión, la lectura y el buen consejo (GaEx 166). Sin la sabiduría del discernimiento podemos convertirnos fácilmente en marionetas, al aire de las tendencias del momento (GaEx 167).

“El discernimiento no solo es necesario en momentos extraordinarios, o cuando hay que resolver problemas graves, o cuando hay que tomar una decisión crucial. Es un instrumento de lucha para seguir mejor al Señor. Nos hace falta siempre, para estar dispuestos a reconocer los tiempos de Dios y de su gracia, para no desperdiciar las inspiraciones del Señor, para no dejar pasar su invitación a crecer” (GaEx 169). Muchas veces esto se juega en lo que parece irrelevante, en lo simple y en lo cotidiano (GaEx 169). Se trata de dejar nacer la nueva síntesis de vida



Carlos López Hernández

iluminada por el Espíritu, de recomponer el conjunto de la propia existencia a la luz de Dios (GaEx 171).

La gracia del discernimiento tiene en la oración su cauce más apropiado de ejercicio (GaEx 170-171). “Requiere partir de una disposición a escuchar: al Señor, a los demás, a la realidad misma que siempre nos desafía de maneras nuevas” (GaEx 172). Tal actitud de escucha implica “obediencia al Evangelio como último criterio, pero también al Magisterio que lo custodia, intentando encontrar en el tesoro de la Iglesia lo que sea más fecundo para el hoy de la salvación” (GaEx 173).

El progreso en el discernimiento requiere “educarse en la paciencia de Dios y en sus tiempos” (GaEx 174), y aprender a vivir en la lógica del don y de la cruz. Para ello, hay que pedir al Espíritu Santo que nos libere del miedo a darle entrada en los espacios más oscuros de la propia vida, y que nos haga salir de nosotros mismos hacia el misterio de Dios y hacia la misión que Jesucristo nos confía (GaEx 175).